

Capítulo 11 - - Parte 2 - La Debida Justicia: Edición Revisada (MHA, OC)

Ciudad A, I-Isla.

Una vez que destruí el dispositivo y regresé al hotel, apenas era momento de prepararme para la cena de recepción. La resolución del asunto con Toru Hagakure no fue la ideal, y tendría que hacer algún esfuerzo por alertar a All Might de que su secreto ahora era conocido por la Comisión de Seguridad de la Salud Pública. No sería imposible transmitir esa información sin involucrar a Toru, aunque era algo que pensaba posponer por el momento; simplemente no podía seguir permitiéndome distracciones, no cuando mi tiempo aquí es tan limitado. Recibí varios mensajes de Eijiro y Tsuyu mientras estaba ocupado en otras cosas, y traté de calmar sus preocupaciones respecto a mi repentina enfermedad—que, por cierto, había desaparecido justo a tiempo para la cena de recepción. No pasó mucho tiempo antes de que respondiera a un golpe en la puerta de mi habitación de hotel, y después salí acompañado de Eijiro.

—“Vamos en grupo, pero Mina me dijo que me fuera a la mierda,” dijo Eijiro, con las manos cruzadas detrás de la cabeza. “Ellos nos encontrarán en la entrada con todos los demás.”

—“La tía Hayami ya está en la recepción con Ume y Minato,” dije, “Aparentemente, fueron invitadas a un evento exclusivo previo a la cena en el mismo lugar.”

—“Los adultos son tan geniales, hombre,” dijo Eijiro, sacudiendo la cabeza. “Me pregunto si nos invitarán a esas cosas una vez que seamos súper famosos héroes—”

Cerré los ojos ante esas palabras familiares, y por un momento, casi podía recordar el sonido de su voz—

—“¿Quieres ser un héroe, Nanami?” pregunté.

—“Sí,” dijo Nanami, sonriendo con entusiasmo. “Tú también tienes que convertirte en héroe, y entonces podremos formar un equipo—seremos súper famosos y salvaremos todo el mundo juntos, ¿vale?”

—Pero tan pronto como surgió ese recuerdo, también se desvaneció esa chispa de inspiración hasta quedar solo las palabras.

—“Es posible que sí,” murmuré.

—“¡Vaya! Mira el tamaño de ese edificio,” dijo Eijiro, silbando. “¿Cuántos pisos crees que tiene?”

Era difícil hacer una estimación, dado que la gran extensión de paneles metálicos lisos que cubría la fachada de las tres torres, descomponía la vista de las ventanas y hacía imposible determinar dónde empezaba un piso y terminaba otro. Pero era fácilmente la estructura más alta en toda I-Isla, y no había nada a su alrededor que pudiera competir con ella. Había un gran patio de concreto y jardines justo en la base de la torre, dejando cientos de metros de espacio abierto antes de que comenzaran los complejos comerciales, los edificios de apartamentos densamente agrupados y los rascacielos que se extendían en el horizonte. Esta torre era la pieza central de I-Isla, y no solo por su ubicación y altura.

Alojaba fábricas, máquinas, jardines, tecnología experimental, el sistema de seguridad que protegía la isla, y un centenar de maravillas distribuidas en igual número de pisos. Era el sistema nervioso y el cerebro de I-Isla simultáneamente, por lo que sin duda la habían elegido como sede para la inauguración de la Expo I y para la exhibición pública de los mayores avances tecnológicos de la era moderna. En algún lugar de este mismo edificio aguardaba Susumu Hoshi, matizando los minutos hasta su panel programado.

—No están aquí todavía, —dijo Tenya, molesto—. ¿Acaso no significa nada para ustedes un horario correcto de reunión?

Entramos en el vestíbulo y divisamos al grupo parcialmente reunido a unos doce pies de la entrada.

—Lo siento mucho, —dijo Melissa riendo—. Espero que no lleguemos tarde.

—La hora acordada para la reunión era a las seis, y ahora son diez minutos antes, —dijo Shoto, sin mostrar preocupación—. Realmente no es gran cosa.

—Deberías llegar al menos quince minutos antes de un evento, —dijo Tenya—. Así, puedes asegurarte de que todos estén en el lugar a la hora convenida.

—Eres un poco nervioso, Caballero de gafas, —dijo Nejire, impresionada—. Casi quiero irme y volver unos minutos tarde.

Tenya se ajustó las gafas en la nariz, se detuvo a medio camino y luego soltó un resoplido de desaprobación.

—Al menos, —dijo Eijiro saludando—, “Caballero de gafas” es un apodo bastante genial. Aún estoy algo molesto por que me llamó “Esfuerzo-Intenso”.

Nejire se cubrió la boca con la mano para sofocar la risa que se le escapó; la rapidez con la que surgió pareció sorprenderla lo suficiente como para que se sintiera momentáneamente avergonzada por el ruido. Tamaki, que actualmente estaba con la cara a unos centímetros de la pared, miró por encima de su hombro.

—La hiciste perder el carácter, —murmuró Tamaki—. Eso es raro.

Eijiro suspiró simplemente.

—Escribir más esfuerzo no es algo malo, y tener la capacidad de seguir levantándose después de un fracaso es algo que muchas personas no pueden hacer, —dije, tomando la palabra—. La mejora requiere esfuerzo enfocado y repetido, y quien lo encarna debe ser celebrado.

—Eso es totalmente cierto, —animó Mirio—. Deberías estar orgulloso de cuánto has mejorado tu tiempo.

—Verte darlo todo allí abajo me hizo querer mejorar también, —dijo Izuku en apoyo—. Fuiste realmente genial hoy, Kirishima.

—Súper genial, —apoyó Melissa.

Eijiro pareció más que halagado por toda la motivación y algo confundido sobre cómo reaccionar, pero cuando cruzó la mirada conmigo, hice un esfuerzo por sonreír. Mientras la conversación se desplazaba, comencé a enviar pequeñas cantidades de arena a través de las puertas de cristal cada vez que un invitado pasaba hacia el pasillo más allá. La sala de recepción en realidad estaba dividida por medio docena de puertas, así que me tomé mi tiempo en dispersar mi habilidad por las diferentes habitaciones, pasillos y escaleras—si Susumu Hoshi ya estaba en el lugar, quería asegurarme de que no se escapara por una puerta lateral. Minutos después, las puertas principales se abrieron y pasó Mawata Fuwa. En ese preciso momento, Tamaki la notó, dejó salir un gemido y se apartó en ese instante, girando todo su cuerpo para apartarse de la joven, como si ese movimiento pudiera ocultarlo en una habitación completamente libre de obstáculos.

La preocupación de Tenya por cumplir con los horarios pareció justificarse finalmente, porque cuando toda la agrupación estuvo presente en el vestíbulo, ya habían pasado quince minutos de la hora y la cena de recepción ya avanzaba considerablemente. Observé en tres lugares distintos de la sala cómo David Shields intentaba convencer a All Might de que subiera al escenario para un discurso improvisado—horas antes de que se realizara el programado—y sentí cómo mi tensión aumentaba con el paso de los minutos. Aunque había establecido presencia en la gran mayoría del primer y segundo piso, todavía no había señales de Susumu Hoshi en ningún lado—pero lo que realmente empezaba a inquietarme era el grupo de cinco hombres que acababa de salir del ascensor en una habitación cercana al salón de recepciones.

— Parece que ya están comenzando — dijo Momo, algo avergonzada. — Perdón por haber tardado tanto, de verdad, fue mi culpa.

— Ya están todos aquí, y eso es lo que importa al final — dijo Tenya, asintiendo. — Espero que todos estén listos ahora —

Las luces del techo destellaron en rojo, bañando el vestíbulo en un resplandor carmesí desvaído mientras el sistema de megafonía dentro del edificio cobraba vida, y observé cómo los cinco hombres atravesaban las puertas y entraban en la recepción.

— Este es un anuncio del sistema de seguridad de la Isla-I. Hemos recibido un informe de que se ha descubierto un artefacto explosivo en algún lugar del recinto de Expo-I, y la isla-I se encuentra ahora en modo de alerta máxima — dijo la voz—. Su seguridad es nuestra prioridad principal, por lo que residentes y turistas deben regresar a sus alojamientos inmediatamente; quienes permanezcan en las calles después de diez minutos estarán violando la ley.

— ¿Una amenaza de bomba? — murmuró Shoto.

— Por favor, desalojen todas las áreas públicas; como medida de precaución, la mayoría de los edificios de la isla principal quedarán sellados — señaló la voz—. Repito, hemos recibido un informe de que se ha localizado un artefacto explosivo en el—

El grupo de hombres armados ya había ingresado en la zona de recepción y estaba en proceso de tomar el control de la sala. Uno de ellos avanzó delante de los demás, con una pistola que colgaba de su mano y una hoja de metal retorcida que hacía las veces de máscara facial.

— Para que quede claro, el sistema de seguridad ahora está bajo nuestro control — dijo el hombre, señalando la pantalla que dominaba la pared y que mostraba las imágenes en pantalla—. Sé que hay muchos héroes aquí, pero si intentan hacer escándalo, haré que los vigilantes piensen que las personas que tienen en la mira son criminales peligrosos — y señaló la grabación—. Así que, conviene que colaboren, porque todos en esta isla ahora son mis rehenes; naturalmente, eso incluye a todos ustedes — hagan lo que hagan —.

A través del suelo de la recepción se abrieron agujeros, y una brillante luz azul emergió, atrapando a cada héroe que se encontraba en la sala—. ¡Todo Might no fue eximido, la masa brillante explotó justo debajo de él, dejándolo de pie, encadenado y en medio del escenario! En el instante en que All Might intentó destruir las ataduras, el hombre con máscara disparó un solo tiro hacia el techo —

— No te muevas — dijo el hombre—. Si das un paso, estarás matando a todos en esta sala y en la isla.

— Villano — dijo All Might.

El hombre le pateó la parte trasera de la pierna y, estando atado, All Might cayó al suelo, enredado y sin poder moverse mientras la amenaza del sistema de seguridad persistía.

— Muy bien, muchacho — dijo el hombre—. Ustedes todos seguirán el ejemplo de All Might y harán todo lo que yo diga. Quédate donde estás y no hagas nada por ahora —

Me quedé quieto en el vestíbulo, mientras los demás debatían sobre la naturaleza de la amenaza de bomba, sin tener idea de lo que ocurría en la sala de recepción, y esa sensación inquietante que me embargaba empezó a transformarse en algo completamente diferente.

— No recibo señal — dijo Shoto—. La red está completamente bloqueada.

— La escalera mecánica no funciona — afirmó Nejire, frunciendo el ceño—. Las puertas principales y el pasillo están cerrados también.

— Es extraño que el sistema active una alerta máxima así — dijo Melissa, sacudiendo la cabeza—. Esto no es el protocolo cuando se descubren explosivos; eso solo generaría pánico.

—Deberíamos intentar infiltrarnos en la fiesta —dijo Izuku, deteniéndose por un instante—. All Might está allí dentro.

—Quizá sea lo mejor —comentó Mirio—. Melissa, ¿sabes alguna forma de que todos podamos llegar hasta allí?

—Las escaleras de emergencia siguen abiertas incluso durante el confinamiento, así que podemos utilizarlas para llegar al vestíbulo —respondió Melissa—. Quizá tengamos problemas con otras puertas, pero nos acercaremos bastante —.

La tensión que había estado sintiendo ahora se alojaba en mi pecho, ya no como algo manejable; en su lugar, era un ardiente caos de frustración, producto de toda mi cuidadosa planificación desmoronándose ante mis ojos. Susumu Hoshi no estaba en el edificio, y aunque sabía que en los próximos días habría otro evento en el que ella debía hablar, la probabilidad de que eso ocurriera ahora era muy, muy baja. Un ataque terrorista estaba en marcha en este mismo momento, y ya habían logrado sabotear el sistema de seguridad que cubría toda la isla. La magnitud del ataque era inimaginable, y nada aseguraba que el resultado—ya fuera que logaran impedirlo o no—no tuviera consecuencias a nivel de toda la isla.

Lo que más me preocupaba de inmediato era la posible evacuación de todos los turistas, seguida por una búsqueda para descubrir quién o quiénes estaban detrás de la entrada de estos hombres en la isla. En el instante en que este ataque ocurrió, todas mis opciones de acechar y capturar a Susumu Hoshi se evaporaron —me miré las manos, que temblaban—. Tsuyu, que había estado intentando inútilmente captar mi atención en los últimos minutos, no se había movido con el resto del grupo, y ese simple hecho provocó un efecto dominó, haciendo que los demás voltearan para ver qué era lo que causaba la demora.

—Hisoka —dijo Tsuyu, intentando una vez más—. ¿Hay algún problema?

El fuego en mi pecho—ira, frustración, impaciencia, miedo, disgusto—se desplazó al escuchar su voz, y me encontré hablando, aunque las palabras parecían tan lejanas, como si estuviera bajo el agua.

—Un grupo de terroristas acaba de tomar como rehenes a todas las personas en I-Island, incluidos los héroes y todos los presentes en el vestíbulo —dije—. Ahora controlan el sistema de seguridad, y All Might no puede actuar porque la amenaza de matar a todos se realiza de forma remota desde su ubicación actual.

—No —logró decir Izuku—.

—¿Cuántos son y dónde están ahora? —preguntó Mirio.

—Hay cinco hombres en el vestíbulo, dos con rifles, tres con pistolas; cada héroe está actualmente restringido por una de las medidas de seguridad —explicó—. Presumiblemente, tienen más aliados dentro del edificio, en la misma área donde está la computadora que controla el sistema de seguridad.

—Puedo acceder fácilmente al vestíbulo, pero si tienen a toda la población como rehenes, eso no servirá de mucho —dijo Mirio, con la sonrisa que antes siempre llevaba desaparecida por completo de su rostro—. Necesitamos localizar esa computadora, derrotar a quien esté allí y retomar el control de ella.

Tamaki se detuvo junto a Mirio, su angustia social casi aplastada bajo una voluntad de hierro que emergía justo en ese momento, en medio de la amenaza terrorista.

—Melissa, tú sabes más de este lugar que cualquiera de nosotros —dijo Tamaki—. ¿Dónde está la sala de control?

—Está—está en el piso doscientos—en la cima del edificio —logró decir Melissa—. Pero estos terroristas—mi papá —está en el vestíbulo.

"Mis padres también están adentro," dijo Momo con tono triste, reflejando su angustia. "Y también la tía de Hisoka."

Esa chispa en mi pecho se encendió en respuesta a sus palabras, dándome cuenta de que ni siquiera le había brindado un momento de consideración, y apreté mi mano con todas mis fuerzas en un vano intento por evitar que temblara.

"Probablemente sea motivo para derribar unas cuantas puertas, pero si el sistema de seguridad está en máxima alerta, salir afuera sería una mala idea," comentó Nejire, observando la puerta principal con atención. "Subiremos por las escaleras lo más alto posible y, si nos encontramos con un callejón sin salida, tendremos que inventar nuevas puertas."

"No nos han intentado detener aún, así que o no saben que tenemos entrenamiento, no nos consideran peligrosos o simplemente no saben que estamos aquí," dijo Mawata. "Si empezamos a romper paredes, entonces sí que tomarán medidas contra nosotros."

"Podemos neutralizar a unos cuantos con armas sin problema," afirmó Eijiro. "Cualquier que intenten enviar a detenernos—"

"Ninguno de ustedes tiene todavía su Licencia Provisional," dijo Nejire, sacudiendo la cabeza. "Aquí no están haciendo nada."

"Es demasiado arriesgado permitirles acercarse a ellos," indicó Tamaki, con tono severo. "Ahora que tenemos más información, todos deben quedarse justo aquí."

"A pesar de que me moleste estar al margen así, tienen razón," afirmó Tenya, alzando la voz. "Todoroki, Midoriya—deben entender que después de lo que sucedió durante nuestras pasantías."

"Pero—" intentó Izuku. "Yo quiero salvarlos."

"Eso mismo es lo que los convertirá en grandes héroes," dijo Nejire suavizando su expresión. "Pero permitirles a ustedes cualquiera de las formas de combate no es algo que vamos a consentir."

"Midoriya, probablemente sea mejor que no hagamos nada sin obtener permiso primero," expresó Tsuyu con tono áspero. "Quizá podamos enviarles un mensaje a All Might de alguna manera—"

"No hay tiempo para esto," solté con voz apenas audible. "Me voy."

"Higawara—" empezó Tenya, pero su voz fue interrumpida.

La mano de Mirio salió con tanta rapidez que apenas logré captar el movimiento, pero ya era demasiado tarde: el collar de mi traje abandonado cayó flojo en su férrea presa. Me levanté del cuarto piso, sin ropa y empezando a moverme hacia arriba. Ninguno de los villanos en el vestíbulo reaccionó a mi ascenso, pero el grupo de estudiantes que había dejado atrás sí lo hizo.

"Las circunstancias son tan graves que quizás necesitemos su ayuda a pesar de que no tengan autorización—escucha, esto es lo que vamos a hacer," dijo Mirio, comenzando a aflojar su corbata. "Todos nos moveremos en grupo hacia el piso superior, pero si encontramos resistencia, Nejire, Tamaki, Mawata y yo nos encargaremos de ella."

Tsuyu avanzó y tomó el traje que había dejado caer, y él le lanzó una sonrisa breve mientras ella lo sujetaba.

"Mirio—" dijo Tamaki, "Supongo que no tiene sentido discutir; ya has decidido."

"Los tres estamos a cargo, así que si nos ordenan hacer algo, más te vale cumplirlo de inmediato," afirmó Mirio, moviendo los hombros en señal de preparación. "Iremos rápido, así que haz tu mejor esfuerzo para seguirnos—"

Aparté la mirada de ellos y me concentré en encontrar una abertura en el ascensor principal lo suficientemente grande para introducir mi arena en el conducto, pero las puertas que lo cerraban estaban selladas tan herméticamente que parecía imposible incluso que pudiera pasar aire. Cambié de foco y observé cómo el villano atravesaba el vestíbulo, escuchando algo en su auricular...

"No te preocupes; si permaneces en silencio, no hay motivo para herir a nadie; planeamos liberarte de manera segura cuando llegue el momento", dijo el hombre antes de hacer una pausa. "Oye, tubito—¿eres investigador aquí?"

Samuel Abraham—el mismo que casi atrapó a Toru en el edificio de David Shield—parecía desinflarse al verse rodeado por todos los rehenes que se giraron para mirarlo.

"Sí," logró decir Samuel, "soy."

"Lleva a este", ordenó el hombre.

"No—por favor," dijo Samuel, levantando las manos en señal de rendición. "No—"

David Shields se levantó de detrás del villano, y aunque dos de los hombres giraron sus armas para apuntarle, el hombre no vaciló—toda la escena se sentía extraña, aunque la maraña de emociones que atravesaba no me permitía tener la claridad mental para entender exactamente qué sucedía.

"Detente; ese hombre es mi asistente," dijo David, aparentemente sin miedo. "¿Qué planeas hacer con él?"

"Ah, el famoso David Shields," comentó el hombre con interés. "Tráelo también."

"¿Y si me niego?" preguntó David.

"Entonces, en algún lugar de esta isla," respondió el hombre, "oirás el grito de una linda niña rubia."

"Wolfram," dijo el hombre bajo, "¿quieres que enviemos dos más para que nos reemplacen?"

"Hazlo," afirmó Wolfram.

David retrocedió medio paso al escuchar esas palabras, su confianza desvaneciéndose ante la precisión de la amenaza, y yo aproveché el momento para sembrar unos granos de arena entre las agujetas del hombre. El hombre bajito con la larga pistola tomó del brazo a David y lo jaló hacia adelante, antes de hablar—mi ascenso por la escalera de emergencia encontró su primer callejón sin salida en el piso ochenta, cuando una puerta sellada horizontalmente bloqueaba cualquier avance. Comencé a extender arena por el pasillo, buscando senderos adicionales que permitieran evadirlo—pero cuando los villanos comenzaron a arrastrar a Samuel y David hacia el ascensor principal, me di cuenta de que ya no necesitaba preocuparme por ello.

Sentí cómo la arena que había marcado en los zapatos del hombre empezaba a subir lentamente hacia la cima de la torre y, en ese momento, concentré toda mi atención en ella, abandonando toda mi red en los pisos inferiores para afrontar la distancia que se acortaba rápidamente. Dividí los granos de arena, desplazándolos lentamente hacia afuera hasta colocar algunos en cada esquina de la caja, y me quedé allí, esperando; la falta de masa me dejaba sin otros sentidos, salvo esa pequeña sensación de movimiento que acompañaba el desplazamiento del ascensor. Cuando sentí que el ascensor se detenía, comencé a expandir la arena sobre el techo del elevador—mis sentidos volvieron a activarse en cuanto vi a los cinco hombres salir por la puerta ahora abierta. Con la puerta abierta, mi arena logró encontrar finalmente una rendija en el piso lo suficientemente grande para ingresar en el hueco del elevador—

"Amenazar a mi hija fue demasiado," dijo David con un tono molesto. "No creo que eso estuviera en el plan."

"Sí, bueno, tal vez deberías esforzarte un poco más en parecer asustado la próxima vez," replicó el hombre bajo, "tenía un arma apuntándote en el pecho y ni siquiera temblaste—y esa rubia parecía que iba ahacerse caca encima."

Samuel sacudió la cabeza, claramente ofendido por la forma en que se había representado su reacción.

"No será necesario que vuelva a suceder," dijo David. "Una vez que recuperemos mi dispositivo, todo esto terminará y se acabará."

El furioso caos que teñía mi percepción continuaba creciendo, y me encontraba concentrando toda mi atención en la nuca del hombre. Entre "parte del guion" y el contexto adicional de "una vez que hayamos recuperado mi dispositivo", era claro que no solo participaba en este ataque; en realidad, ocupaba una posición de liderazgo. David Shields, el hombre que había trabajado junto a All Might al inicio de su ascenso, ahora era responsable de organizar un ataque terrorista en la isla que consideraba su hogar—y, al hacerlo, había arruinado cualquier intento de Susumu Hoshi de aparecer aquí esta noche.

Las ondas que surgirían de un ataque como este no eran fáciles de prever, pero una cosa ahora estaba clara: se había colocado en mi camino en su intento de encontrar a Nanami. Comencé a enviar arena hacia afuera, con granos individuales lanzados hacia adelante por encima de sus cabezas y dispersándose por todo el pasillo. La red se extendía rápidamente cada vez que surgía una nueva puerta o pasillo—el hombre pequeño presionó su dedo contra la oreja por un momento y luego se detuvo en medio del pasillo.

—"Ustedes dos sigan adelante," gruñó el hombre antes de señalar con el pulgar al hombre alto y delgado que los acompañaba—. "Tenemos problemas en la escalera de emergencia, y ya están cerca de la planta de fabricación, así que iremos a resolverlo antes de que puedan subir más."

—"De acuerdo," respondió el hombre alto, encogiéndose de hombros—. "Esto iba demasiado bien de todos modos—empezaba a pensar que no íbamos a poder hacer nada."

—"¿Qué tipo de problema?" preguntó David, frunciendo el ceño.

—"No es asunto tuyo," replicó el hombre pequeño—. "Váyanse ya."

—"Tiene razón, profesor; debemos hacer lo que vinimos a hacer," dijo Samuel apresurando al hombre—. "Que se ocupen ellos."

Los dos grupos se separaron, con David Shields y Samuel Abraham adentrándose en el piso doscientos, mientras los dos villanos regresaban al ascensor. Uno de los hombres extendió la mano y pulsó el botón para el piso ochenta, y las puertas comenzaron a cerrarse—llegaron a dos pisos abajo antes de que la arena explotara dentro del ascensor, llenando todo el espacio disponible en un instante. La arena que rodeaba las manos del hombre alto desapareció de repente, reapareciendo en el pasillo exterior al ascensor mientras éste continuaba descendiendo—el poder del hombre era alguna forma de desplazamiento de materia, pero había un límite claro en el tamaño que podía gestionar, y no hacía nada por eliminar la arena que rodeaba el resto de su cuerpo.

El cuerpo del hombre más bajo empezó a crecer a medida que activaba su quirk, su piel cada vez más dura luchaba por presionar la apretada mano de arena contra las paredes del reducido

espacio. Pero luchaba contra la fuerza de mi quirk y el metal superresistente del ascensor—comencé a apretar una soga de arena alrededor de sus cuellos, y en cuestión de momentos, sus frenéticos intentos por escapar comenzaron a volverse más lentos. Profundamente en el laberinto de pasillos, sin ser consciente de la conciencia rápidamente desvaneciéndose de su aliado, un villano de cabello rosa resopló mientras David Shields y Samuel Abraham entraban en la habitación.

—"Deja de rondar aquí y ve a abrir la bóveda," dijo el hombre de cabello rosa—"Estás perdiendo el tiempo."

—"De acuerdo," respondió David—"Eso haré."

Los dos hombres atravesaron hacia una sala circular y masiva que ocupaba toda la parte norte de la torre, y dirigí mi atención a asegurar el control del sistema de seguridad. El hombre de cabello rosa salió al pasillo con el dedo en su oreja, dejando solo a un hombre en la habitación, y lo observé mientras hablaba—eliminarlo ahora alertaría a quien estuviera al otro extremo de la llamada, así que volví a centrarme en la sala de control. El hombre de cabello blanco y el dispositivo metálico sujetado a su ojo izquierdo seguían sentado frente a la computadora, y observé cómo navegaba por una interfaz de usuario que probablemente era diseñada a medida. En la pantalla había un modelo de estructura de toda la torre, y lo vi teclear en la casilla de búsqueda en la parte superior las palabras "Vestíbulo de recepción"—aparecieron varias cámaras en la pared justo encima que mostraban ese lugar desde una docena de ángulos distintos.

—¿Por qué esta cosa no tiene controles de voz? —murmuró el hombre de cabello blanco, sacudiendo la cabeza—. Estoy perdiendo el tiempo.

El hombre volvió a la barra de búsqueda y escribió "Fábrica de Plantas". Las cámaras cambiaron de ángulo, mostrando una sala enorme llena de vegetación; podía ver a Mirio, Nejire y Tamaki parados en pleno campo, mientras el resto del grupo comenzaba a alejarse, probablemente en reacción a la cuenta regresiva del ascensor principal que marcaba los pisos que descendían justo frente a ellos.

—No hay escapatoria, chicos —dijo el hombre de cabello blanco—. El juego se acabó.

El ascensor se abrió, los tercer años se tensaron en preparación para el combate —y entonces, mi arena empezó a deslizarse por el suelo del piso ochenta, cargando los cuerpos inconscientes de los dos villanos, junto con ella.

—¿Qué demonios? —alcanzó a decir el hombre de cabello blanco—. Wolfram —.

La cabeza del hombre se volvió rápidamente hacia arriba mientras mi arena caía sobre él, empujándolo y apartándolo del ordenador; no tenía la experiencia suficiente para manejar lo que sea que hubieran modificado en el sistema de seguridad para que reconociera a todos los héroes de la isla como villanos, así que decidí dejarlo tal cual. El hombre de cabello rosado ya respondía a la presencia de mi aura, pero lo lancé contra la pared opuesta en cuanto intentó entrar en la sala, sus cuchillas, que habían reemplazado sus antebrazos, eran completamente inútiles ante la marea. Todas las fuerzas del contingente de U.A. ya estaban dentro del ascensor principal, habiendo usado

la tarjeta de seguridad robada —que los villanos portaban— para comenzar su ascenso. Solo quedaba una última cosa por resolver.

—Lo he desbloqueado —dijo David, respirando aliviado—. Bloque oncecientos cuarenta y siete.

—Maravilloso —respondió Samuel.

El hombre corpulento subió corriendo las escaleras sin demora, deslizando su mano por la pared hasta encontrar el panel correcto; la pared se abrió revelando un maletín de metal apoyado en su lado. Samuel lo tomó y lo arrastró con esfuerzo, luchando contra su peso mientras intentaba desbloquearlo.

—Lo lograste, profesor —dijo Samuel—. Mira, todo está aquí —todo es perfecto.

Mi arena empezó a acumularse en el techo, los granos dispersos se expandieron lentamente hacia fuera mientras el hombre celebraba todo lo que habían logrado esa noche.

—Por fin, lo tengo de vuelta —logró decir David, con los puños apretados a los lados—. Todo mi investigación, y me quitaron el dispositivo, pero ahora es mío.

—Justo como planeamos —dijo Samuel—. Parece que los villanos también están manteniendo la situación bajo control.

—Gracias —dijo David al subir las escaleras para encontrarse con él—. No hubiera podido hacer esto sin ti, Sam.

Mi arena empezó a deslizarse hacia abajo, atravesando el laberinto de espacio entre cada armario que formaba las paredes de la bóveda, y la masa que cubría el techo empezó a ceder, mientras una docena de tentáculos descendían lentamente.

—La bóveda era refrigerada, pero considerando cuánto tiempo estuvo allí, el suero debe estar perdiendo viabilidad —dijo Samuel—. Probablemente necesitemos una muestra fresca en una semana.

—Sí, probablemente tengas razón —respondió David—. Usarlo ahora sería arriesgado; sería mejor asegurarnos de que tenga la mayor probabilidad de éxito —. extendió su mano para tomar el maletín—. Contactaré a Hoshi en cuanto los actores terminen su papel.

La arena se detuvo a menos de una docena de metros sobre sus cabezas, y el sonido de su nombre, pronunciado por él, lanzó un agudo pico de algo odioso por todo mi cuerpo.

—Eso—profesor—dijo Samuel, con cierta aprensión. —Seguramente ya se ha dado cuenta de ello.

—¿Qué quiere decir con eso?—preguntó David.

—Nunca fueron actores, profesor—dijo Samuel—. Un actor no podría haber hecho la mitad de las cosas que estos hombres han realizado para lograr lo que tenemos esta noche—.

—Sam—logró decir David—. ¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que contratamos villanos, profesor—de verdad—, confesó Samuel, sujetándose la parte delantera de su camisa. —Esa fue la única forma en que pudimos recuperar nuestro trabajo—.

—¿Papá?—dijo Melissa.

Los dos hombres se giraron al escuchar su voz, y experimenté un momento de disonancia al darme cuenta de cuánto había perdido de vista mi entorno—cada vez más, el contingente de la U.A. llegaba en tropel, entrando en la habitación uno tras otro.

—¿Melissa?—susurró David—. No puedes estar aquí—es demasiado peligroso.

—¿Es cierto lo que dijo?—preguntó Melissa, con la voz temblando—. ¿Todo esto fue solo para robar algo?

—El profesor solo intentaba recuperar lo que le habían robado—suplicó Samuel, extendiendo las manos como para que lo entendieran—. La invención que está dentro del maletín cambiará el mundo—no—no entienden—puede amplificar la quirk de alguien de manera permanente.

Hubo un nuevo pico de energía, y mi control sobre mi quirk empezó a deteriorarse, grandes cúmulos de arena caían del techo, dispersándose por el suelo y atrayendo la atención de la mayoría de mis compañeros de clase.

—¿Amplificar una quirk?—dijo Izuku—. ¿Eso es siquiera posible?

—Sí, todavía está en fase de pruebas—por supuesto—, pero a diferencia de las drogas, la base única que usamos para este dispositivo puede magnificar la quirk de una persona sin dañar su cuerpo o cerebro—. Y con el diseño genial del profesor, ahora el efecto puede hacerse permanente—, afirmó Samuel, con los ojos cerrados casi en éxtasis. —A pesar de ello, nuestros patrocinadores decidieron confiscar este prototipo y nuestros datos de investigación, y exigieron que abandonáramos el proyecto—.

Eijiro miraba toda la arena ahora, con los ojos muy abiertos mientras contemplaba la masa titánica que colgaba sobre todos ellos.

—Temían que algo así afectara profundamente la estructura de la sociedad de superhumanos—, dijo Samuel—. Temiendo el caos, los gobiernos de distintas naciones presionaron a su padre para que lo detuviera—. Por eso hicimos esto.

Samuel inhaló con dificultad mientras relataraba, luego presionó su mano con más fuerza sobre el pecho, pero por muy débil que fuera, sus palabras resonaban en mi mente como truenos—una base única que podía magnificar la quirk de una persona sin dañar su cuerpo o cerebro.

—¿Así que confiesa que organizó todo esto?—dijo Tenya, con horror en su voz—. Tiene a todos en Isla I como rehenes—.

—No, esto no tiene sentido—logró decir Melissa—. Tú no harías algo así—yo sé que mi papá no actuaría como un villano—no importa qué—entonces—¿por qué— por qué?—.

—Fue por el bien de All Might—murmuró David—. Nadie de ustedes sabe esto, pero su quirk está desapareciendo; sin embargo, si usa este dispositivo, volverá a ser su antiguo yo—no—sus habilidades serán aún más fuertes que nunca.

David parecía cobrar vida al hablar, y a su vez, Izuku parecía encogerse, con los hombros encorvados, cerrando los puños contra su cuerpo, mientras su cabeza se inclinaba en señal de sumisión. El hombre dio un paso hacia nosotros, y su brazo libre se levantó en un gesto que parecía abarcar toda la habitación.

“El héroe número uno—el símbolo de la paz—puede recuperar su fuerza y su luz,” respiró David, “Él puede seguir salvando vidas, como siempre ha hecho—yo voy a restaurar su poder desvanecido.”

Una presión terrible comenzó a crecer en mi cabeza, mientras el mundo se reducía a un punto singular, y no podía apartar la vista del dispositivo que colgaba de la mano del hombre.

“Por favor, solo dímelo en manos de All Might—no hay tiempo para volver a fabricarlo,” dijo David, “No me importa qué castigo reciba, siempre y cuando me permitan ayudarlo—”

Me levanté de la masa que había impactado contra el suelo justo delante de él, y el regreso a mi forma humana trajo consigo el mismo temblor involuntario que no había podido controlar.

“El base único que usaste es un subproducto de un poder,” dije en voz baja. “Es sangre.”

Hubo un silencio sepulcral tras mis palabras, y David se quedó verdaderamente atónito.

“¿Cómo puedes saber eso?” preguntó David, “Solo tres personas en todo el mundo tienen acceso a esa información, y dos de ellas están en esta misma sala—hasta la escondimos a nuestros patrocinadores.”

“Susumu Hoshi es la tercera persona,” dije mientras el sonido de la sangre comenzaba a correr por mis oídos. “Ella fue quien te proporcionó eso.”

“¿Cómo sabes—Sam?” preguntó David, girando para mirar al hombre. “¿Lo hiciste tú—?”

“No se lo he dicho a nadie,” dijo Samuel.

“¿Usas sangre?” logró preguntar Melissa.

“No es tan desagradable como podría parecer, te lo prometo; la sangre es donada mensualmente por un usuario altruista de poderes cuyo deseo es mantenerse en el anonimato,” explicó David, aparentando estar incómodo ante la reacción de su hija. “Susumu Hoshi actúa como puente entre nosotros y el donante, pero ¿cómo sabe—?”

Cada vez estaba más convencido de que Nanami se encontraba en alguna parte de esta isla. Si la sangre se donaba mensualmente, entonces o Susumu Hoshi la almacenaba aquí, o ella la tomaba fresca directamente en la fuente. Si estos dos trabajaban con ella, lo más probable era que supieran dónde estaba o, al menos, cómo contactarla. Ahora que habíamos recuperado la sala de control de los villanos, solo era cuestión de tiempo para que la isla estuviera llena de policías y héroes profesionales, y entonces jamás tendría otra oportunidad como esta. El tiempo se agotaba rápidamente; era necesario que forzara a uno o a ambos a que me llevaran con Susumu Hoshi.

“Papá, estos estudiantes arriesgaron su vida para llegar hasta aquí,” dijo Melissa, “¿Sabes cuánto peligro los has puesto—o cuán duro están intentando salvar a todos en la isla?”

“No sabía que fueran reales, pero aun así,” dijo David, exhalando profundamente. “No lo voy a negar—las acciones que he tomado esta noche son imperdonables.”

Las puertas en el extremo norte del edificio se rompieron de golpe, y mi arena se desplazó bajo el viento repentino que atravesó el pasillo distante. Aunque el sonido provenía de media docena de pasillos más allá de la caja fuerte, la mitad de los presentes en la sala se alertaron por el estruendo. Wolfram entró sin reducir la velocidad, con la mano levantada en señal de advertencia, y las paredes se rasgaron a su toque, creando un camino directo hacia nuestra posición.

—Aquí están todos ustedes —dijo Wolfram al llegar a la bóveda—. Han hecho un buen trabajo, Sam, pero ya es hora de entregarlo.

Mirio cayó a través del suelo, su camisa de vestir y pantalones aflojándose hasta el suelo mientras desaparecía de vista—y luego, metal surgió desde debajo de los pies de Wolfram, cruzándose en todas direcciones. Izuku se lanzó hacia adelante, atrapando a Melissa y apartándola del camino de una viga de acero más ancha que él alto. Eijiro verificó otro de los ataques con su peculiaridad activa, y fue hecho patinar hacia atrás por la fuerza con un gruñido de esfuerzo furioso—uno de los barrotes de metal atravesó mi cuerpo, dispersando arena por toda la habitación mientras me deshacía justo cuando lo tocó.

David levantó las manos para proteger su rostro ante otro torrente de metal que se estrelló contra la pared justo a su lado, y luego atravesó la pared directamente, emergiendo en el aire abierto más allá del edificio. El peso del caso en su mano hizo que el hombre perdiera el equilibrio cuando el viento lo empujó, y apenas logró estabilizarse antes de caer por el agujero. El viento furioso entró en la habitación, y alcancé a ver mi ropa desechada —llevada hasta la cima de la torre por Tsuyu, con buena voluntad— desvaneciéndose en la noche.

—Supongo que al final tendremos que luchar contra los villanos, —dijo Shoto.

—Melissa, necesitamos que restablezcas el sistema de seguridad —dijo Momo, elevando la voz para que la escucharan—. Mina, la puerta está bloqueada.

—Estoy en ello —dijo Mina.

—Yo cubriré su retirada —dijo Shoto.

Mirio emergió del suelo justo detrás del villano, con la mano ya lanzándose hacia adelante, pero se vio obligado a activar su peculiaridad cuando el metal emergió en una segunda ola de ataques; el muchacho desnudo pasó completamente ileso, pero fue obligado a retroceder mientras el suelo comenzaba a crujir bajo él.

—Midoriya, Tsuyu, representante de la clase —nos vamos a apoyar mutuamente —dijo Eijiro, liberándose de los escombros que lo aprisionaban contra la pared—. Necesitamos empujarlo fuera de la bóveda y asegurarnos de que no vuelva a acercarse a la sala de control.

Los motores de las piernas de Tenya cobraron vida, y alcanzó a Eijiro en tres zancadas antes de pasarle por completo; una pared emergió del suelo delante de él, obligándolo a frenar en seco, deslizándose por ella en línea recta, lo que arruinó aún más las piernas de sus pantalones y dejó una estela de chispas en su camino. Tsuyu cayó plana sobre la misma pared y luego se retorció en una rueda impulsada por la gravedad que la llevó justo hasta la cara del muro; estuvo allí solo el tiempo suficiente para que sus pies tocaran el suelo antes de saltar rápidamente cruzando toda la habitación en un borrón de movimiento. Midoriya esquivó el ataque con su velocidad fulminante, arcos de electricidad verde chisporroteando a su alrededor mientras corría por la superficie de los armarios—Eijiro simplemente atravesó el centro, con los brazos levantados frente a él, mientras arrollaba todo a su paso.

La acidez de Mina logró derretir la masa de metal que bloqueaba la puerta a la bóveda, y las tres chicas se alejaron del lugar entre la lucha. Shoto inmediatamente selló otra vez la entrada con una pared de hielo en un intento claro de impedir que Wolfram los alcanzara. Nejire, Tamaki y Mawata se unieron a la pelea, aunque había tanta reasignación de metal en la habitación que parecía difícil encontrar un camino hacia adelante. Un pequeño lazo de arena, perdido entre el caos que cubría la bóveda, se enroscó alrededor del cuello de David antes de arrastrarlo hacia atrás, saliendo del agujero en la pared de la torre, y dejándolo caer en la oscuridad de la noche —y entonces, me deshice.

Ciudad A, Isla I.

Chocqué directamente con mis pantalones aún en caída, y mi cuerpo volvió a materializarse en ellos. Mi impulso continuó llevándome hacia adelante y hacia abajo en un ángulo agudo, y la velocidad de mi descenso aumentó a medida que la gravedad aferraba su garra a mi piel.

“¿Qué estás haciendo?” gritó David. “Mi hija está allí—necesitas devolverme.”

Si no fuera por la cantidad de arena en el aire y por el hecho de que el hombre casi había sido engullido por ella, dudaba que pudiera escuchar sus palabras—logré agarrarme a mi camisa, pero esta se agitaba de manera tan violenta que ni siquiera podía comenzar a ponérmela. La corbata que mantenía mi cabello ordenado en la parte trasera también era irrecuperable, demasiado invisible en la penumbra para esperar encontrarla. Sin ella, mi cabello quedaba flotando tras de mí mientras caíamos desde el piso doscientos del edificio más alto de la isla. Las calles debajo estaban salpicadas por un patrón de luces rojas mientras miles de robots de seguridad controlados por otros se inundaban por las calles. Estábamos demasiado lejos para que una caída libre nos

condujera al anillo de edificios más cercano que rodeaba la torre, pero eso podía resolverse fácilmente deformando parcialmente mi cuerpo de nuevo.

Apliqué la ayuda de mi poder para alterar el ángulo, y el viento se intensificó aún más conforme hacía un esfuerzo concentrado para aumentar nuestra velocidad. David gritó de terror cuando la masa gris de concreto debajo de nosotros creció a la sombra, y luego chocamos contra la azotea en una lluvia de arena. Me levanté, con el maletín liberado colgando de mi mano y mi camisa arrugada y desgarrada por el viento en la otra.

“Hace ocho años, una niña de diez años y sus padres fueron sacados de su casa en Musutafu,” mencioné mientras la arena comenzaba a arrastrar mi camisa sobre mi cuerpo. “Hiroshi y Kana Kureta fueron encontrados frente a la costa de Shimoda, restringidos, ahogados y fallecidos, pero su hija nunca fue hallada.”

“¿Por qué me dices esto?” logró preguntar David.

Desde la cima de la torre surgieron ráfagas de hielo, acompañadas por tres pilares metálicos del mismo grosor que los contenedores de envío. Un arco de electricidad verde trazaba un patrón en la parte superior de uno de ellos mientras ascendía, seguido por una chispa de fuego azul que sólo podían ser los motores de las piernas de Tenya en máxima potencia—mantuve la mirada fija en el rostro del hombre mientras lanzaba una mirada horrorizada a la destrucción que ocurría sobre nosotros.

“Su hija fue colocada en un buque de carga con destino a esta isla por una banda organizada de tráfico de quirks,” dije, mientras él giraba la cabeza hacia mí. “Hicieron esto con la ayuda de un científico que abrió un agujero en la seguridad desde dentro—una mujer llamada Susumu Hoshi.”

“Pero ella—” dijo David, sin entender. “Eso no tiene sentido.”

Desabroché el maletín, y la tapa cayó, colgando debajo de él, con su contenido expuesto al aire y en peligro de deslizarse si no fuera por el forro de espuma que cubría su interior— David intentó inclinarse hacia adelante con energía, quizás para poner su mano debajo en caso de que algo cayera, pero no pudo estirar su brazo lo suficiente.

“Entonces lo dejaré muy claro para ti,” dije, “Nanami Kureta tenía un poder de amplificación, uno que funcionaba mediante contacto directo con otra persona, y la fuente de ese efecto era su sangre.”

Capté en ese instante cómo todo encajaba en la mente del hombre. Era imposible que alguien hubiera pasado por alto su rechazo físico real. Hubo un destello de algo en mi pecho que no reconocía, pero que pensé podría indicar que había cometido algún tipo de error aquí—el hombre no conocía la información que acababa de decirle y parecía visceralmente incómodo por saber de dónde realmente había surgido su “base única”. No había habido tiempo suficiente para analizar mi decisión de secuestrarle con cualquier filtro moral o para considerarla seriamente—pero ya había llegado demasiado lejos como para dar marcha atrás.

“Creo que Nanami aún está en esta isla, y ahora tú me vas a ayudar a encontrarla,” dije, exhalando la duda que subía en mi interior. “Dime dónde está Susumu Hoshi, y te devolveré esto sin dañarte.”

“Le advertí que no viniera a la cena de recepción,” logró decir David, “No quería que se involucrara en todo esto, no después de que nos ayudara—pasa casi todo su tiempo en su laboratorio—yo—solo puedo imaginar que está allí.”

Cerré rápidamente la tapa del maletín, la amenaza ya no era necesaria, y nos levanté del tejado sobre una plataforma de arena. David cayó de rodillas junto a mí, sin más restricciones, y arrastró el maletín hacia su pecho mientras yo lo dejaba frente a él.

“No sé dónde está eso,” respondí sin girarme a mirarle. “Tú guiarás mi camino.”

“Está en el lado oeste de esta placa de la ciudad,” dijo David, sonando confundido y dividido. “Escucha, viniste con mi hija y la estudiante de All Might—pero, ¿quién eres tú?”

No había llegado con ellos, pero esa era una diferencia que por ahora no importaba. Con más que suficiente información, podía ser identificado por cualquiera que preguntara—la policía, por ejemplo, cuando interrogaran al hombre sobre los sucesos de la noche—y, por tanto, no tenía sentido ocultarle mi identidad.

“Mi nombre es Hisoka Higawara,” dije, “soy un alumno de primer año en la Escuela Secundaria U.A., en la misma clase que Izuku Midoriya.”

Ya fuera por la repentina falta de comportamiento amenazante o simplemente por el éxito de su pregunta, el hombre pareció impulsar su curiosidad aún más, y pronto volvió a hablar.

“Tu historia—el secuestro—¿cómo sabes que ella está involucrada en todo esto?” preguntó David. “Susumu Hoshi es una mujer extraña, pero nunca pensé que sería capaz de algo así.”

Mi propio futuro ahora pendía de un hilo muy frágil, justo como había predicho que ocurriría tras decidir interrogar a Susumu Hoshi. Mis acciones ilícitas serían expuestas al concluir todo, y la única oportunidad de evitarlo era persuadir completamente a este hombre de que se uniera a mí. Aunque había organizado un ataque de villanos en I-Island para recuperar su tecnología confiscada, lo hizo para salvar a All Might de la pérdida de sus poderes. El hecho de que creyera que eran actores no sería una defensa legal para él en la reparación del daño, estaba convencido, pero en conjunto con su objetivo, era suficiente para determinar que aún conservaba cierta moralidad—o al menos, que David Shields estaba dispuesto a cometer acciones moralmente reprochables en aras de un bien mayor.

“Susumu Hoshi, Kaito Habiki, Katsumi Fueki, Akamai Hiro y Daruma Ujiko son aquellos que he identificado como miembros de la red de tráfico que secuestró a la familia de la que hablé,” dije. “Tengo pruebas de que estaban observando a los Kureta varios días antes del secuestro, y además, hay evidencias que sitúan a Kaito Habiki presente y usando su poder en el muelle de Shimoda en el preciso momento en que se cree que las víctimas pasaron por esa zona.”

“Katsumi Fueki es el nombre de su asistente,” dijo David, preparándose para levantarse sobre la plataforma. “Los otros nombres son completamente nuevos para mí.”

La arena se levantó en el borde de la plataforma, girando sobre sí misma hasta que una figura andrógina se puso frente a nosotros, con su musculatura muy desarrollada visible en la penumbra.

“Esa es su asistente,” dijo David. “Estamos a punto de llegar, pero está en la calle—el sistema de seguridad va a actuar.”

La confirmación solo fortaleció su vínculo tanto con los otros miembros de la red de tráfico como con el crimen en sí. Tal como había mencionado, docenas de puntos rojos se desplazaron en respuesta a nuestra llegada, reaccionando a la violación del toque de queda por parte de los robots que inundaban la calle. Descendimos frente a la entrada principal del edificio, pero la enorme persiana de hierro que se había bajado en respuesta al confinamiento permanecía delante de nosotros, bloqueando el acceso. La plataforma se desplazó desde debajo de nosotros, elevándose a los lados, y luego la convertí en una lluvia de pellets de arena que golpearon a los robots avanzando. La arena salpicó sin causar demasiado daño, transformándose en una jaula de gruesas barras que recorrían toda la anchura de la calle e impedían que alcanzaran nuestra posición.

“Esto es todo, pero—” dijo David, vacilando de nuevo. “Hisoka, ¿qué planeas exactamente hacer aquí?”

“Voy a encontrar a Nanami,” respondí.

Avancé y coloqué la mano plana contra la persiana de hierro, y la arena empezó a extenderse al contacto, presionando la superficie con suficiente fuerza para que el metal crujiera. Se desplazaba hacia afuera, buscando grietas, huecos y espacios vacíos, subiendo por las paredes hacia la azotea. Encontré un pequeño hueco entre la puerta de la persiana y el marco que la sostenía, seguido por una serie de pequeños respiraderos en la azotea. Llené de arena esa abertura en la parte superior de la puerta y comencé a expandirla hacia afuera. Una cerradura en la parte superior se partió, y la puerta empezó a doblarse hacia adentro con un sonido de metal angustiado mientras construía una serie de gruesos pilares entre ella y la pared. La persiana entera se arrancó del marco, y la pared mucho menos resistente que la soportaba se derrumbó bajo la fuerza de mi poder. Traversé por el agujero en la parte frontal del edificio, y en ese momento algo me golpeó en el pecho con tanta fuerza que sentí que se quebraron todos los huesos de mi torso.

“¡Hisoka—,” logró decir David.

Baleé de espaldas contra la persiana que bloqueaba la entrada al edificio opuesto a la calle, justo cuando una figura muy familiar salió a la acera. Entre el dolor que atravesaba mi cuerpo, noté que ella tenía el mismo cabello bicolor y la estructura facial andrógina que la adolescente que vi la noche en que fue la décima fiesta de cumpleaños de Nanami—me derrumbé, luego me levanté de entre la ropa destruida, dejando atrás todo nuevamente mientras avanzaba hacia la persona que no podía ser otra que Katsumi Fueki.

“Se levantó de nuevo,” dijo Katsumi, colocando el dedo en su oreja. “¿Debo matarlo otra vez?”

La arena, que ahora se encontraba detrás de ella y dentro del vestíbulo, se proyectó hacia su espalda en cuatro picos, cada uno dirigido a un extremo diferente de sus extremidades—observé desde una docena de puntos diferentes tanto en la calle como en el interior del vestíbulo, mientras ella se difuminaba en el lugar, y lo que pensé que podría haber sido su pierna fue cortada en la base de cada espiga. La velocidad con la que salió disparada la patada fue tan rápida que mi arena se dispersó, incapaz de adherirse a ella mientras el viento generado por el movimiento la alejaba. La mujer avanzó a una velocidad que no habría podido seguir con la vista natural, y solo por estar aún en proceso de reestructuración, no logró acabar conmigo por completo. Mi cabeza se desplazó en torno a la forma de su puño que atravesó sin desacelerar. Aunque mi cuerpo se transformó en picos en cuanto detecté su presencia, estos solo alcanzaron el aire, pues su impulso la había llevado a atravesar mi cuerpo y salir del otro lado.

Era sumamente rápida y resistente, capaces de atacar sin destruir sus propias extremidades en el proceso. Sin poder seguirla de manera confiable, tuve que reconsiderar mi estrategia. Una masa humanoide surgió del suelo justo detrás de ella, con la mano ya extendida, y un torrente de arena avanzó con toda la fuerza que pude reunir. Fragmentó la parte frontal del edificio, pero en ese instante, mi objetivo ya no estaba allí—capté el momento en que Katsumi se estrelló contra la pared justo detrás de mi doble falso, colocando los pies en la persiana ya destruida. La falsa me explotó antes de que pudiera transformar su forma en algo más peligroso, y ella reapareció en el suelo, deslizándose por la calle en una trayectoria que la llevó a atravesarla justo en el centro. Su rostro mostraba una furia creciente, una expresión completamente inapropiada considerando lo poco que había logrado hacer para detenerla.

“Ya le di dos golpes en la cabeza,” dijo Katsumi con frustración. “Y no sirvió de nada.”

A diferencia de Sajin, mi transformación completa del cuerpo no dejó mis piernas ni otras partes convenientes para atacar. Matarme destruyendo mi cabeza mientras aún estaba en forma humana—eliminando así mi conciencia activa—probablemente impediría que pudiera reestructurar mi cuerpo manualmente. Según lo que había discernido, era el método más efectivo que alguien podía usar para matarme definitivamente. Que ella—o quizás la persona con la que estaba hablando en ese momento—hubiera descubierto eso en segundos desde que supe de mi existencia, me preocupó profundamente.

“No me digas que me calme,” gruñó Katsumi. “Solo me estás diciendo que haga exactamente lo mismo—”

Ahora era evidente que había algo extraño en la persona que tenía delante, y cuando recreé el doble de mi cuerpo, su furia pareció intensificarse ante su vista. Considerando que ella estaba siendo instruida sobre cómo explotar eficazmente mi debilidad y que, además, no podía seguirla, no había ningún beneficio en retomar mi forma humana en este enfrentamiento. Mi arena comenzó a extenderse desde múltiples puntos alrededor tanto del interior del edificio como del exterior en la calle, buscando eliminar los lugares donde ella pudiera mantenerse segura—y en el mismo instante en que estuvo cerca de su posición, ella desapareció.

La arena se dispersó rápidamente, alejándose del ritmo vertiginoso de su movimiento, mientras yo comenzaba a construir largas y delgadas cuerdas entre los edificios en un intento por obstaculizar

los caminos por los que ella podría desplazarse. Ella atravesó tres de ellas sin siquiera detenerse, y el rastro de destrucción comenzó a curvarse a su alrededor—la arena estalló a su alrededor cuando yo expandí violentamente la mayor cantidad posible, y Katsumi se desvió un instante antes del impacto, claramente reacia a forzar su paso a través de una barrera tan gruesa para alcanzar al hombre. Era el siguiente paso natural para ella, dado que no podía dirigirse directamente a mí, aunque casi no logré interceptarla.

La mujer arrancó algo pequeño y negro de su oído con un grito de frustración completamente desquiciado, y luego aplastó el suelo con el pie. La calle se quebró bajo su fuerza, y un enorme fragmento de concreto se deslizó por la superficie, arrasando mi arena con su paso antes de impactar contra mi más reciente falso cuerpo. La velocidad con la que había desaparecido momentos atrás se esfumó, dejando en su lugar una fuerza que solo unos pocos quizá hayan alcanzado a igualar, y estaba seguro de que si hubiera apuntado a la pared que rodeaba a David, no habría sido suficiente para protegerlo.

Un segundo bloque de concreto siguió al primero, formando una zanja en la fachada de una docena de edificios, mientras ella enfocaba su ataque en la forma de su cuerpo que se estaba reconstruyendo en el lateral de la pared—aun si ya no tuviera los auriculares puestos, era evidente que ella ya no seguía las instrucciones de quien fuera que le hablaba; en cambio, había pasado de un furor y frustración a una ira completamente irracional. Mi arena se apresuró a enfrentarse a la siguiente pieza, dispersándose al impactar, pero logrando quedar en el lugar lo suficiente para frenar su extensión con la fricción del suelo, evitando que esparciera a David Shields por los edificios circundantes. Una nueva figura surgió tras ella, y en el momento en que la vio, la mujer se lanzó con una ferocidad salvaje que iba mucho más allá de mi comprensión.

“¿Cómo está logrando esto?” pudo decir David mientras yo lo alejaba aún más de la villana descontrolada. “Ni siquiera debería tener un quirk.”

Emergí parcialmente de la arena que cubría el suelo, por debajo de la línea visual de la mujer, con apenas suficiente forma para volver a hacer visible mi voz.

“Supuse que mentía acerca de esa parte,” respondí, “David, he revisado los cuatro pisos del edificio y no hay señal de Susumu Hoshi.”

“Todos estos edificios tienen sótanos y subniveles, pero solo puedes acceder a ellos desde el ascensor del primer piso usando una llave,” explicó David, “Si no está en ninguno de los pisos superiores, entonces debe estar por alguna parte allí abajo.”

No había botones en el ascensor que señalaran subniveles o sótanos, pero sí una cerradura sin marcar. Sin necesidad de una llave, envié mi arena directamente a través de las grietas en el suelo, por el hueco del ascensor—la arena estalló frente a nosotros mientras la puerta metálica que Katsumi acababa de arrancar de un edificio giraba y se elevaba calle arriba. Giró como una sierra eléctrica, y en su rastro quedaron chispas, mientras rayaba una línea a través de la capa de arena para desgastar la superficie de la calle, impactando con fuerza suficiente para enterrarse unos tres metros en el cubo de arena que habíamos levantado frente a nosotros.

La mecánica de su peculiar poder me resultaba enigmática, pero era evidente que existía alguna especie de división poco práctica entre su capacidad para generar velocidad y fuerza—ya sea que hubiera sacrificado una por la otra, o que careciera de la facultad de usar ambas simultáneamente. Tampoco podía discernir si la pérdida de racionalidad era consecuencia del uso de su poder o si, por el contrario, era algo que enfrentaba independientemente de la implicación de quirks, pero empezaba a pensar que ya ni siquiera me tenía como objetivo principal; más bien, parecía estar descargando su rabia en cualquier cosa que se moviera a su alrededor—un destello amarillo en lo alto del cielo captó mi atención, justo antes de que All Might cayese de manera abrupta sobre la calle, justo a nuestro lado.

—Estoy aquí para salvarte, viejo amigo, dijo All Might, colocándose erguido en medio de la calle. **—Joven Higawara, ¿has—¿dónde fue?**

Retrocedí al ver al hombre, mientras la arena que cubría la calle se evaporaba al elevarme del amasijo aplastante que se desplazaba por el séptimo subsuelo del edificio. Los seis pisos superiores estaban completamente llenos de mi quirk, pero ya había determinado que no había ni un solo ser vivo en ninguno de ellos. La arena caía por la escalera de emergencia en busca del nivel final, y descendí tras ella, sin estar completamente dispuesto a reformar mi cuerpo por completo. Mi arena golpeó unas puertas metálicas selladas que, al romperse hacia adentro, revelaron una habitación enorme que parecía ocupar toda la octava planta inferior.

Dividí la marea en dos partes, enviándolas a seguir las paredes a ambos lados de la habitación. Las olas chocaban buscando obstáculos y enterraban todo lo que intentaba obstaculizar su avance. En el centro, ocupando quizás unos doscientos metros cuadrados, se encontraba una amplia sala construida con soportes de acero y paneles de vidrio unidireccional de grosor considerable—parecía más un espacio habitable compacto, sin mucha consideración por dividir en habitaciones. Había una cabina de ducha completamente transparente en una esquina, y junto a ella, un inodoro. Al otro lado de la sala, un tapiz y un pequeño banco de trabajo. En la pared, en medio, reposaba una camilla médica y un escritorio montado en la pared con un monitor de panel plano. La última pared contenía la única interrupción en la uniformidad de la estructura: una caja rectangular alta, decorada con un conjunto de puertas que parecían actuar como una especie de cámara de aire para acceder al interior.

Mi arena completó su recorrido por la habitación exterior, agitándose y cambiando en su desplazamiento hacia el interior, dibujando los contornos del recinto de vidrio, y finalmente me permití dirigir la atención a los dos ocupantes en su interior. Parecían ajenos por completo a mi presencia afuera, ni siquiera podían percibir la creciente marea de arena que comenzaba a trepar por los paneles de vidrio impecables. Susumu Hoshi estaba en el borde de la cama, luciendo exactamente como lo había descrito mi investigación: un remolino brillante de cabello rosa intenso y la boca estirada en una sonrisa forzada, perpetua, inapropiada y de oreja a oreja.

La otra mujer en la cama no parecía nada como la niña de diez años, de rostro redondeado y baja estatura, que había conocido en el pasado, pero la forma de su cara despertaba en mí algo que parecía estar deshaciendo su atadura interna. Por un instante muy breve, casi podía imaginar que Kana Kureta era la que habían mantenido viva, aunque esa impresión no resistía ante la realidad, no después de haber visto las fotos del escenario del crimen y las de su autopsia—había algo

extraño en la forma de la sábana que cubría el brazo de Nanami, y no fue hasta que ella se movió que comprendí exactamente qué era. Susumu estaba lo suficientemente cerca como para infligir un daño significativo antes de que pudiera intervenir, y sus dientes eran un arma natural que no podía remover rápidamente.

La manera más eficaz de desarmarla sería amedrentándola lo suficiente como para que simplemente se rindiera sin luchar, y la forma más efectiva de lograrlo sería invocando un sentimiento de temor. La mampara de cristal se agrietó en una docena de lugares a medida que comenzaban a emerger formas dentro de la masa de arena informe, y los dedos de una mano gigantesca se atravesaron por la esquina superior derecha de la jaula. Pronto se unió a ella un rostro monstruoso, un ojo colosal que miraba a través de la creciente brecha en la estructura mientras yo desprendía toda la pared de la jaula. La arena empezó a filtrarse en la habitación desde todos lados, desbordándose por el suelo y elevándose hacia la cama mientras la versión distorsionada de mi rostro presionaba su cabeza contra el espacio estrecho—

“Basta,” insistió Nanami, “la estás asustando.”

Me quedé quieto ante esas palabras—o quizás solo ante el sonido de su voz después de ocho largos años sin escucharlo—y reflexioné sobre la mujer ahora encorvada sobre sus piernas, acurrucada con la cara enterrada en la cadera de su cautivo. No había temor en la voz de Nanami, y por un momento, simplemente observé sin comprender mientras ella intentaba consolar a la mujer adulta que temblaba en su regazo. Mi deseo de infligirle algún sufrimiento equivalente era tan intenso que podía reconocerlo, y el hecho de que uno de las personas que le había hecho eso estuviera justo delante de mí chocaba violentamente contra las palabras de la chica a quien había recorrido todo ese camino para encontrar. ¿Por qué la estaba consolando después de todo lo que había hecho? ¿Por qué no estaba enojada? La faz monstruosa que los cubría tembló un instante, mi control se fragmentaba a medida que crecía mi confusión—y entonces decidí hacer lo que siempre hacía cuando no estaba seguro.

La masa distorsionada de arena se movió mientras dirigía mi mente hacia adentro para tocar todas las modelos que había construido en mi interior—y desde allí, el camino a seguir se aclaró por completo. La cara se dividió en dos, las mitades giraron hacia afuera mientras salía de ella y pisaba el suelo de la habitación que había destrozado.

“Nanami—” susurré, pero de repente me encontré inseguro de qué exactamente iba a decir. “Te esperé en la playa por mucho tiempo.”

“¡Hisoka, tonto,” dijo Nanami, aparentemente desconcertada. “Olvidaste tu ropa.”

Hospital General de la Isla, Isla I.

Esperaba que el hospital tuviera muchas más personas, dadas las circunstancias de la noche, pero considerando su tamaño, quizás estaban aquí, simplemente distribuidos en decenas y decenas de pisos. Nanami fue trasladada por los paramédicos casi de inmediato tras mi regreso a la superficie—igual que Susumu Hoshi—aunque en su caso, Mirio la llevó bajo custodia por orden de

All Might. David Shields parecía haber sido bastante sincero acerca de la mayoría de las cosas que le había contado, y me encontraba en una extraña posición de saber que lo único que me salvaba de algún tipo de castigo era que nadie había tenido aún tiempo para centrarse en mi parte en todo esto.

El sistema de seguridad había vuelto en manos de quienes usualmente lo gestionaban, aunque la cuarentena seguía en efecto completo hasta que se evaluara completamente la magnitud de la brecha y los daños ocasionados. La principal preocupación era todo el daño que había sido causado en los pisos superiores de la torre y en mantener su integridad estructural. Esperaba que Hayami ya hubiera intentado contactarme—probablemente tan pronto como se restableciera la señal—pero mi teléfono permanecía en el bolsillo de mi chaqueta, y esa había sido una de las prendas que no había logrado recuperar durante mi rápida bajada. Como sea, mi camisa de vestir había sido desgarrada cuando Katsumi Fueki atravesó mi pecho con su pie, y lo único que realmente había sobrevivido aquella noche eran mis pantalones.

Una de las enfermeras fue lo suficientemente amable como para regalarme una pequeña frazada color marrón, proveniente de uno de sus numerosos armarios de linen. Dejé un mensaje en la recepción del hospital en un intento por contactar con mi tía —y también con la policía, incluyendo una versión resumida de las angustiosas circunstancias de Nanami— aunque no estaba seguro de cuán exitoso habría sido ese esfuerzo. Las prendas desgastadas que llevaba y mi edad parecieron alentar a las enfermeras a hacer un esfuerzo bastante serio para llamar a la policía, aunque el médico parecía mucho más frío ante mi presencia. De los miembros del contingente de U.A., sólo logré ver brevemente a Eijiro, Tsuyu y Mirio —los tres que, aparentemente, estaban en condiciones suficientemente buenas como para seguirme tras la batalla— aunque no hice ningún intento de hablar con ninguno de ellos. Me escabullí con la ambulancia que había llevado a Nanami en cuanto la vi en movimiento, completamente reacio a perderla de vista, considerando lo que había ocurrido la última vez que me separé de ella. La única persona con la que realmente tuve alguna conversación fue All Might.

Curiosamente, parecía seguir creyendo, por error, que había salvado y evacuado a David Shields de la torre con el fin de evitar que el Dotador de Peculiaridades cayera en manos del villano. Sospechaba que esa impresión no duraría mucho más, y nuestro próximo encuentro requeriría muchas explicaciones. Además, probablemente terminaría con la destrucción de mi futura carrera como héroe, aunque no estaba seguro de si tenía alguna motivación real para continuar en ese camino. Había aprendido, a través de la red de noticias que transmitía sin parar en todas las pantallas del vestíbulo, que Wolfram y los villanos que quedaban dispersos por toda la torre habían sido completamente derrotados.

Los estudiantes de la Policía Escolar de U.A. tampoco pudieron evitar ser mencionados como los héroes del momento. Había visto imágenes en directo de casi todos ellos tras la batalla en la torre y, aunque parecían golpeados y magullados, en general, aparentaban mantener un estado de ánimo elevado. La historia de la recuperación de Nanami simplemente no existía, pues estaba completamente eclipsada por la magnitud del ataque. No que muchas personas supieran al respecto todavía, para que esa información se hubiera difundido de manera significativa. Solo All Might, David Shields y algunos miembros del personal que contactaron con la policía estaban en condiciones de difundirla. Tal como ella prometió —y con la dulce insistencia de Nanami— Susumu

Hoshi había entregado voluntariamente la custodia del héroe.

Katsumi Fueki había estado inconsciente y colgando del hombro de All Might la última vez que la vi, así que estaba bastante seguro de que no volvería a verla —aunque si lograba escaparse de All Might, del sistema de seguridad restaurado y de todos los héroes que ahora merodeaban por la isla, tal vez habría ganado su libertad. Aún era demasiado pronto tras el ataque y demasiado temprano en la mañana para que la policía respondiera, pero si mi estimación era correcta, solo me quedaban cinco horas, como máximo, hasta que...

"Hisoka —" logró decir Hayami, entrando en la habitación de golpe. "Aquí estás — ¿dónde has estado?"

Tuve pocas posibilidades de responder, ya que ella me abrazó de manera aplastante y llena de pánico justo cuando me levantaba, y al volver mi atención al entorno, vi que Ume y Minato Yaoyorozu las seguían en su estela. Hayami agarró mis hombros, luego me empujó hacia atrás hasta ponerme a su alcance como para examinarme en busca de heridas, y ese movimiento fue suficiente para deshacer por completo la frazada: parecía horrorizada al ver el estado de mi ropa ensangrantada, y hablé antes de que pudiera hacer otra pregunta.

"He estado aquí varias horas; no tengo heridas, pero mi ropa parece haber sufrido bastante", dije con la intención de aliviar en gran medida sus preocupaciones. "Encontré a Nanami."

Minato fue la única que reaccionó a la declaración, deteniéndose en mitad del paso —parecía tan sorprendido que abiertamente tropezó— y Ume se volvió para mirar a su esposo, desconcertada por esa repentina muestra de torpeza poco habitual. Hayami pareció indignada.

"Que haya sido bastante grave ni siquiera se acerca a la realidad —" empezó Hayami, y luego retrocedió por un momento. "¿Qué?"

"Encontré a Nanami," dije, "Ella está en una habitación justo más allá de esas puertas."

Hayami giró la vista en la dirección que señalé, el movimiento lento y confundido, como si no pudiera comprender del todo lo que estaba diciendo.

"Ya la han visto varios doctores y ahora está dormida," expliqué, "He pedido verla varias veces, pero solo permiten que ingresen familiares en estos momentos —dijeron que podría verla durante las horas de visita general."

Eso me había inquietado bastante, principalmente porque no sabía cuánto tiempo más tendría para caminar libremente, y esa posibilidad solo se reduciría a medida que se acercaba la mañana.

"Yo—no creo entender," logró decir Hayami, sacudiendo la cabeza. "¿Cómo—tú la encontraste—Nanami —nuestra Nanami?"

"Sí, nuestra Nanami—la hija de Kana y Hiroshi," dije, observando cuidadosamente su rostro. "Fue raptada por un grupo de villanos que buscaban su capacidad especial, y desde entonces, ha sido mantenida en esta isla, en un recinto en los niveles subterráneos del laboratorio de Susumu

Hoshi."

Esperaba que en sus ojos se reflejara la comprensión y que ella se diera cuenta de lo que eso realmente significaba —que había pasado los últimos ocho años mintiéndole en la cara— y cómo eso solo podría destrozar la confianza que había depositado en mí. Pero esa comprensión parecía estar lejos de su mente en ese momento. En cambio, parecía abrumada por aceptar que acababa de escuchar que la niña a la que había planeado un funeral años atrás había resurgido de la tumba.

"Realmente lograste encontrarla," exhaló Minato, respirando con calma. "Incluso después de que todos esos intentos fallidos —eso—that es realmente admirable."

Aunque giré la cabeza hacia él, mis ojos permanecían fijos e implacables en el rostro de mi tía. Duden en mi respuesta, observando cómo Hayami se desplomaba en la silla que acababa de abandonar, sus piernas de repente incapaces de soportar su peso.

"Hayami," exclamó Ume, acercándose a ella. "No intentes levantarte —quedate allí. ¿Quieres que te traiga agua?"

Hayami pareció aferrarse a la mano de la mujer por un momento, aún sin poder articular qué sentía. Minato dio un paso adelante para poner una mano en mi hombro, mucho más preparado para esta conversación que cualquiera de los otros, y aparentemente sin sentirse incómodo por mi silencio.

"Bien hecho, Hisoka—bien hecho," dijo Minato. "¿El hombre de quien me preguntaste—resultó estar involucrado?"

"Sí, creo que fue él quien trasladó a esas tres personas en la embarcación de carga," respondí. "El nombre de ese hombre era Kaito Habiki, y parece que murió hace dos años."

"¿De qué va todo esto?" preguntó Ume. "Minato—¿sabías algo sobre esto?"

"Supongo que ya no importa," afirmó Minato, sacudiendo la cabeza. "Hace ocho años, cuando nos interrogaron sobre aquella niña que desapareció —estábamos en Shimoda en ese entonces, si recuerdas."

"Claro que lo recuerdo," logró decir Ume. "¿Estamos hablando de la misma niña de entonces —¿sigue viva después de tanto tiempo?"

—Exactamente de quien estamos hablando —dijo Minato, con una expresión verdaderamente alegre—. Hisoka—¿ya han notificado a la policía?

—Informé al médico que atiende a Nanami y a la recepcionista —dije—. Ellos llamaron a la policía hace horas, pero parece que están ocupados con el ataque a la torre en este momento.

—Aquí nadie está en peligro inminente, así que le han dado una prioridad baja —dijo Minato—. Espero que lleguen a primera hora de la mañana, o al menos a una hora más razonable que esta.

—Sí —dije—. Minato—¿has hablado con Momo?

—La llamamos en cuanto la señal volvió a encenderse, pero no pudimos contactarla; ella nos llamó de regreso aproximadamente una hora después —dijo Minato—. Todos en tu clase están sanos, aunque algunos se han lastimado al salvar a los demás. No me sorprendería que todavía estén por aquí.

Minato asintió con la cabeza en dirección a la recepción, señalando la totalidad del hospital.

—Momo está con varias de sus compañeras en la habitación de un hotel —dijo Ume, que se había levantado a un lado de Hayami—. Estaban preocupadas por ti; nadie pudo encontrarte después de que desapareciste, y tu teléfono no conecta.

—Mi teléfono y mi cartera estaban en mi chaqueta, que ahora está cerca de la base de la torre, junto con el resto de mi ropa desaparecida —dije—. No confié en que llevaran a Nanami al hospital, así que seguí la ambulancia para asegurarme de que no intentaran llevársela otra vez.

Hayami extendió la mano y tomó la mía con un agarre firme, aunque frágil, de la misma forma en que lo recordaba desde el día del funeral.

—Hisoka —susurró Hayami—. ¿Ella—está bien?

Moví mi mano para ser yo quien la sostuviera y traté de devolverle la presión reconfortante que ella me había dado en aquel entonces. La verdad es que no sabía si ella estaba bien o no. Apenas había hablado con ella, y solo lo había hecho acompañada por la mujer que la había mantenido cautiva durante casi una década. Físicamente, parecía estar bastante saludable, pero el hecho de que le faltara un brazo significaba que no podía asegurar que estuviera bien.

—Ahora se la ve muy diferente —dije después de un largo momento—. Cuando finalmente encontré el lugar donde la tenían, pensé que habían llevado a Kana en su lugar.

—Oh —gimió Hayami, llorando ahora—. Eso—seguro que se parecen mucho.

—Nanami tiene una herida —dije—. Parece tener varios años, y ya sanó hace tiempo, pero ahora le falta un brazo.

La frágil compostura de Hayami se rompió ante esas palabras, y su sollozo me hizo preguntarme si no habría sido mejor no decir nada. Ume logró levantarse del suelo y sentarse en la silla a su lado antes de abrazar a la mujer entre sus brazos.

—Eso es bárbaro —dijo Minato, exhalando —. No puedo creer que alguien haya hecho algo así a una niña.

El médico que había estado siguiendo desde que entró por primera vez a la habitación de Nanami, hace más de tres horas, pasó por la recepción y me giré en su dirección, cortando hacia él. Hayami casi se levantó para seguirme, pero Ume la mantuvo en su lugar. Minato me siguió en silencio, y el doctor frunció el ceño al notar mi movimiento, igual que la primera vez que me acerqué a él.

“Lamento no poder ofrecerte ninguna información sobre su estado,” dijo Tamotsu, “Esa información es solo para familiares y allegados.”

“Nanami no tiene familia, ya que sus padres fallecieron cuando ella tenía diez años,” repetí, como la primera vez que me lo había mencionado. “Mi tía está aquí ahora, y me gustaría que tomases su contacto, para que alguien pueda comunicarse con ella cuando despierte — quizás yo no esté aquí en ese momento.”

“Parecías decidido a quedarte aquí hasta la mañana,” dijo Tamotsu, mirando a las dos únicas mujeres en la sala de espera. “Puedes dejar esa información en la recepción —y tú, señor, ¿tienes algún asunto aquí?”

“Mucho gusto, soy Minato Yaoyorozu,” dijo Minato, extendiendo la mano para estrecharla con firmeza. “Solo estoy acompañando a Hisoka, pero ya que estás aquí—¿No han llamado al presidente Kado para esta noche? Me gustaría hablar con él si fuera posible.”

Algo que parecía reconocimiento cruzó fugazmente por los ojos del hombre.

“Yaoyorozu, es un placer finalmente conocerte; mi nombre es Jutoro Tamotsu,” dijo Tamotsu con una simpatía mucho más genuina que la que había mostrado hasta ese momento. “El presidente está aquí, pero en este momento está en una reunión. Puedo llevarte a verlo si lo deseas.”

Un cambio radical en la manera en que el hombre parecía presente, junto con la desaparición de la frialdad en su voz, me hizo preguntarme una vez más cuán bien conectado estaba realmente Minato Yaoyorozu.

“Eso sería perfecto, y una vez que terminemos, podemos regresar y asegurarnos de que Nanami esté bien cuidada,” dijo Minato, “Hisoka, espero que no te moleste, pero dejaré a Hayami y a mi esposa bajo tu cuidado por un rato.”

Sería imposible que cualquier participante de la conversación no reconociera tanto la referencia a su autoridad como el esfuerzo deliberado por vincular ambas familias —uno de los casos más claros de manipulación oculta que había visto, y aún así, de alguna manera, eso solo lo hacía más efectivo.

“Lo entiendo,” respondí.

Minato puso un brazo amistoso sobre el hombro de Jutoro Tamotsu, y eso pareció activar al hombre, quien se levantó con intención de guiarlo más adentro del hospital en busca del presidente. Los observé partir, sintiéndome mucho más tranquilo ahora que había alguien más para encargarse de la situación en caso de que me llevaran antes de poder verla. Volví la vista y alcancé a ver el rostro de Hayami —y fue justo en ese momento cuando pensé haber visto esa pequeña chispa de comprensión que esperaba desde hace tiempo.

Hospital General Isla, Isla.

Cuando la puerta se abrió, no fueron ni los detectives que me habían traído desde el hospital; en cambio, apareció el rostro huesudo y agotado de Toshinori Yagi. Saqué las manos de la mesa y las coloqué en mi regazo, sintiendo, de alguna manera, más incomodidad por ese rostro familiar que por los extraños que me habían hablado.

"Joven Higawara, me alegra ver que todavía gozas de buena salud," dijo Toshinori en un saludo. "Estaba preocupado cuando volviste a desaparecer."

Toshinori tomó uno de los asientos vacíos frente a mí, y se dejó caer en él con un suspiro de alivio silencioso. Me pregunté cuán agotado debía estar tras haber mantenido su transformación durante toda la duración del ataque.

"Lamento haberme marchado sin decir nada", dije, aunque no estaba seguro de si eso era realmente cierto. "Temía que Nanami no llegara al hospital."

"Lo supongo, considerando todo lo que ha pasado—Kana, Hiroshi y Nanami", susurró Toshinori. "No estuve presente durante la búsqueda original, pero lo recuerdo; me temo que también creí, erróneamente, que ella había fallecido junto a su familia."

A pesar de haber estado en esta habitación casi tres horas, había pasado casi todo ese tiempo completamente solo. Solo compartí los detalles mínimos para explicar cómo David Shields me llevó a Susumu Hoshi y cómo busqué en el edificio poco después; las amenazas contra David y la fuerza que usé para ingresar ilegalmente también quedaron reflejadas en eso. Pero todo eso fue lo más lejos que llegó la explicación antes de que ambos detectives fueran llamados de la habitación. Estaba preparado para responder a todas sus preguntas y, aun ahora, me encontraba dispuesto—quizás demasiado dispuesto—a deshacerme del peso de todas las cosas que había hecho.

"Eso era la opinión dominante en ese momento", concordé.

"Aunque tú siguieras buscándola durante estos años", dijo Toshinori, "Independientemente de lo que se diga, has hecho una tarea admirable, joven Higawara."

La elección de palabras de Toshinori era reveladora, y aunque el hecho de que Nanami estuviera a salvo fue algo maravilloso, el resto de la frase denotaba una comprensión más profunda de las acciones que había cometido—probablemente influenciada, en pequeña medida, por esa breve interacción que tuve con David Shields. Observé el rostro hundido del hombre durante mucho rato, y cuando tomé una decisión sobre qué hacer, me atreví a hablar.

"He mentado, engañado y robado a muchas personas. Intradé en hogares y espacios privados de docenas de individuos. Accedí ilegalmente, vi y copié bases de datos gubernamentales confidenciales. Manipulé docentes, miembros de mi familia, e incluso a quienes decidieron llamarme amigo", observé, dirigiéndome a él. "Amenacé con hacer daño a personas y, más de una vez, estuve a un suspiro de acabar con una vida—todo esto, todas las cosas que hice, y lo que creí que tendría que hacer, fue únicamente porque pensaba que eso me acercaría más a encontrar a Nanami Kureta."

Los ojos del hombre parecían temblar en su lugar mientras me miraba desde el otro lado de la mesa, y cuando estuve seguro de que había destruido esa imagen falsa que alguna vez tuvo de mí, asentí, solo una vez.

"Nanami está a salvo", dije en medio del silencio. "Pero no creo que nadie considere admirable lo que he hecho."

En el instante en que dirigí la vista hacia el rostro de Nanami en esa sala de vidrio, una gran parte de la presión aplastante bajo la que había vivido se disipó. Pero ahora, al ver cómo los hombros de Toshinori parecían caerse, no pude evitar preguntarme si mi confesión había logrado desplazar ese peso invisible directamente a él—observé cómo el hombre inspiraba profundamente, con calma, antes de que sus manos de dedos largos se juntaran sobre la mesa frente a él.

"Es cierto que nuestras acciones nos definen, pero también juegan un papel nuestras motivaciones", murmuró Toshinori. "Quizá no conozco la mitad de lo que has atravesado, pero quisiera creer que no fuiste cruel sin motivo alguno."

"La crueldad sin sentido no habría hecho nada por salvarla", susurré. "Pero eso no cambia nada; mis acciones son las de un vigilante en el mejor de los casos, y esa no es la clase de persona que puede ser un héroe."

Toshinori bajó la mirada hacia la mesa durante un largo momento, pareciendo luchar por encontrar las palabras adecuadas ante una situación tan complicada. Quizá podría haber llegado a algo, si hubiera tenido la oportunidad de recuperarse después de todo lo ocurrido en las últimas doce horas. Pero no le reprochaba al hombre su agotamiento.

"Ahora quizás no sea el momento más apropiado para mencionarlo, pero es algo urgente y necesitas actuar de inmediato si quieres adelantarte a ello," dije, "Ayer por la mañana, presencié cómo el presidente de la Comisión de Seguridad en Salud Pública instruía a un agente juvenil para infiltrarse en el laboratorio de David Shields."

"¿Qué intentaban lograr—" preguntó Toshinori. "¿Estaban al tanto de su participación en la organización del ataque del villano?"

Era una suposición razonable, basada en todo lo que ya sabía, y con el atentado terrorista en la isla aún tan reciente en su memoria.

"No tenían conocimiento, y no guardaba relación con los villanos," respondí, "Buscaban obtener información sobre ti —y la encontraron."

Toshinori se recostó en su silla al escuchar esas palabras, con expresión grave.

"Copiaron una serie de registros médicos, gráficos, cronologías y todas sus notas sobre tu estado de deterioro," expliqué, "Me aseguré de destruir el disco que contenía los archivos, pero es probable que el agente ya haya terminado de presentar su informe verbal."

"Lo entiendo," logró decir Toshinori. "Eso es muy—desafortunado."

“Son conscientes de que tu poder está disminuyendo, pero todavía puede ser posible mantener cierto control sobre esa información,” dije, “Si contactas ahora mismo con la presidenta de la Comisión de Seguridad en Salud Pública, quizás puedas establecer una relación con ella en lugar de trabajar en oposición, compartiendo el objetivo de proteger Japón.”

“Sabes dar buenos consejos, joven Higawara,” murmuró Toshinori, apoyando la cabeza en sus manos enlazadas. “Ahora que lo pienso, no es la primera vez que te esfuerzas por ayudarme.”

No comenté nada sobre esas palabras, contento simplemente con compartir el silencio con el hombre que, mientras su cuerpo débil lo permitiera, seguiría siendo el Símbolo de Paz que protegía a Japón.

“Una vez me dijiste que tenías una amiga cuando eras joven, y que tú la inspiraste para convertirse en heroína,” dijo Toshinori, levantando la cabeza para que pudiera ver la chispa azul en el arco de sus nudillos. “Ustedes dos iban a salvar el mundo juntos—¿sería correcto pensar que hablabas de Miss Kureta?”

“Era Nanami,” respondí.

“Sí,” dijo Toshinori, cerrando los ojos. “Supongo que sí, habría sido así.”

“¿Qué pasará con David Shields y Samuel Abraham?” pregunté.

“Permanecerán bajo custodia policial hasta finalizar la investigación, y luego deberán enfrentarse al sistema judicial,” dijo Toshinori, antes de suspirar profundamente. “Las noticias sobre la implicación de David ya se han difundido en los medios—a pesar de todo lo bueno que hizo, la gente ya exige que él y su familia sean removidos de la isla.”

Si alguien como David Shields podía realizar cien buenas acciones por la humanidad, y aún así ser destruido por el mundo a través de un solo acto negativo—entonces alguien como yo no tenía derecho alguno a soñar. Había cometido por lo menos cien pecados en mi búsqueda, y ni siquiera algo tan brillante como rescatar a Nanami Kureta de las sombras sería suficiente para borrarlos.

Hospital General de la Isla, Isla.

Una combinación inescrutable del estado de All Might y las conexiones de Minato Yaoyorozu convergió de manera que aseguraba mi libertad provisional pero continua. Sin embargo, sospechaba que era solo un retraso en las repercusiones y no una absoluta exención—la Escuela Secundaria U.A. no tenía mucho interés en un aprendiz que no cumplía con las leyes, y recordaba claramente mi entrevista de ingreso con el Director Nezu, en la que había pisoteado por completo la buena voluntad de aprender la lección tras actuar sin autorización por primera vez. Cuando regresé al hospital, encontré a Hayami ausente en la sala de espera, aunque apenas había

ocupado mi asiento original cuando ella atravesó las puertas cerradas electrónicamente. Hayami parecía lidiar con la falta de sueño tan bien como yo, aunque la taza de viaje humeante que sostenía en sus manos sugería alguna ayuda química que a mí me faltaba. Hubo un pequeño titubeo en su avance al verla allí sentada, y esmeradamente intenté aplastar la chispa de incomodidad que surgió en ella por ese instante de duda en sus movimientos.

“Hisoka,” dijo Hayami, exhalando. “Justo iba a intentar llamar de nuevo a la estación.”

“Puedo moverme libremente, aunque una vez que nos envían a casa, estaré restringido a la mansión hasta que se complete la investigación,” afirmé, alzando la voz. “Lamento haber causado tantos problemas otra vez.”

“Tú—no me pidas disculpas,” logró decir Hayami. “No creo que pueda soportar oír eso ahora mismo.”

Bajé la mirada hacia mi regazo y trabajé arduamente para apartar la punzada que empezaba a nacer en las esquinas de mis ojos. La sombra de Hayami se proyectó sobre mis piernas cuando se acercó a pararse a mi lado, y sentí sus dedos rozar mi cabello mientras colocaba su mano en la parte posterior de mi cabeza.

“Me dejaron entrar a hablar con Nanami justo después de que te llevaron, y—bueno, pensé que tal vez podría prepararme para volver a verla,” susurró Hayami, “Realmente es su perfecta copia, igualita a Kana.”

Hacía un pequeño y silencioso sonido de acuerdo en mi garganta, de repente sin ganas de hablar.

“Le dije que ella vendría a vivir con nosotros a partir de ahora, y ella aceptó—quizá no debería haberlo dicho, pero sentí que debí decirle que ella debería haber estado con nosotros desde el principio,” dijo Hayami, con una respiración temblorosa. “Fue una declaración tan insensible, dado todo lo que ha pasado por ella, pero no pude evitarlo.”

No estaba muy seguro de comprender por qué admitía haber cometido un error, porque ese sentimiento encajaba bastante bien con mis propios pensamientos acerca de la situación. Nanami debería haber estado en Musutafu. Si los que la habían tomado—algunos de los cuales todavía estaban por ahí, incluso ahora—no hubieran sido tan egoístas como para arrancar un hueco de nuestras vidas, ella habría estado allí.

“Si hubiera sido más joven, me gustaría haber tomado su tutela, pero ya es adulta—y no necesitamos que eso la proteja en un hogar lleno de amor,” dijo Hayami, manteniendo el tono de conversación ella sola. “Por supuesto, sabes que estoy feliz de proveerle en todo lo que pueda, y contaré contigo para que me avises si crees que necesita algo.”

“Lo haré,” susurré.

“Eso es bueno—escucha, Hisoka,” dijo Hayami con otra respiración tranquilizadora. “Hablé con Sajin, y él está bastante al día con todo lo que ha ocurrido aquí.”

Soporté otra punzada incómoda que se desplazaba desde mi cuello, alimentando el brillo húmedo que se adhería a mis mejillas, pero no pude volver a hablar.

—La noticia del ataque ya ha llegado a nivel internacional, y él sonaba tan sorprendido como probablemente lo estuve yo cuando le hablé de Nanami—va a esperarnos en la mansión cuando volvamos a Musutafu—dijo Hayami, todavía alisando los nudos en mi cabello sin peinar.—Realmente desea hablar contigo de todo lo ocurrido, pero esperaba que después, una vez que hayamos tenido tiempo de adaptarnos, los cuatro podamos conversar.

Asentí en silencio en señal de acuerdo.

—Eres un buen chico, Hisoka—dijo Hayami—ahora, tengo algunas llamadas que hacer para entender mejor todo esto—¿por qué no entras y le haces compañía?

Hayami dio una última palmada infructuosa a mi cabello enredado, luego me guió a ponerme de pie y hacia las puertas por las que acababa de pasar. Seguí sus indicaciones y, desde el rincón de la habitación, observé cómo ella permanecía afuera mientras cerraban las puertas. La enfermera que me había pasado a través del zumbido me indicó la dirección de la habitación, aunque, dada toda la arena que se desplazaba por los pasillos, quizás yo mismo conociera mejor el camino que ella. Encontré a Nanami recostada, medio fuera de la cama hospitalaria, con su pelo colgando, rozando las baldosas, y sus piernas encogidas bajo las sábanas torcidas.

—Nanami—llamé, para avisarle de mi presencia—¿Puedo entrar?

Los ojos de Nanami se abrieron de golpe al escuchar mi voz, y por un momento, me miró desde su posición invertida—Luego comenzó a esforzarse por rodar de vuelta sobre su estómago, con su rostro muy rojo, por toda la sangre que le subía a la cabeza. Le llevó un momento lograrlo, y quedó con su largo cabello marrón enredado cerca de la boca—sopló un suspiro para despejarlo, y habló, su voz extrañamente forzada.

—Lo permitiré—dijo Nanami y luego gimió—Ugh—Creo que ya llevo demasiado tiempo así.

Crucé el umbral y avancé por el pequeño espacio hacia la cama, observando la silla que había junto a la pared, justo al lado.

—Voy a vivir contigo—dijo Nanami, apoyando su mejilla en el pliegue del codo—Hayami dijo que sí.

Asentí en respuesta a sus palabras.

—No solo asientes con la cabeza, estúpido—resopló Nanami—¿Cómo se supone que sepa lo que piensas si no dices nada?

—Justo antes de venir aquí, Hayami me lo comentó—le respondí—Creo que es buena idea que vivas en la mansión—volveré a mudarme allí cuando regresemos a Musutafu.

—Hayami mencionó que tú vivías en otro lugar—preguntó Nanami—¿Por qué crees que eso es algo positivo?

—Necesitas un lugar donde quedarte y hay bastante espacio disponible—le respondí—Tiene sentido que te quedes allí.

—Esa es una respuesta terrible—se quejó Nanami—Parece que ni siquiera te importa que vaya a vivir allí—di algo mejor.

Reflexioné un instante sobre esa petición.

—Es buena porque podré verte con frecuencia—dije—y además, estará mucho más fácil protegerte.

Nanami soltó una carcajada y luego se dio la vuelta, dejando su cuerpo un poco más levantado en la cama y aumentando el enredo de las sábanas alrededor de sus piernas. Su cabeza, colgando casi en vertical, quedó justo debajo de mí, y yo inclinó la cabeza para mantener algún tipo de contacto visual con ella.

—Todavía soy más alto que tú, así que deja de intentar dominarme con tu presencia—, dijo Nanami—. La silla está allí por una razón, ¿sabes?

Tomé la silla como se me indicó y me giré para seguir su progreso mientras ella realizaba otro giro perezoso, en un ángulo lo suficientemente inclinado como para estar acostada en gran parte en la cama. Su brazo izquierdo caía, colgando por el borde, lo bastante cerca de mi pierna como para que la mirara.

—Quiero salir otra vez—, murmuró Nanami—. Pero los enfermeros no me dejan.

—¿Quieres que te lleve afuera?—, pregunté.

—Te meterás en más problemas si haces eso—, dijo Nanami, apoyando la cara contra la sábana al no poder sacudir la cabeza. —No vale la pena.

—Entiendo—, dije.

—Eso ni siquiera significa nada—, insistió Nanami—. No quiero un reconocimiento de que he dicho algo, quiero escuchar qué piensas tú acerca de ello.

—Si te llevo afuera, probablemente volverás a sonreír—, dije después de un momento—. Los problemas en los que me metería por hacerlo serían relativamente triviales en comparación con los que ya tengo—, eso es lo que pensaba.

—Por eso no vale la pena, imbécil—, murmuró Nanami—. Hayami dijo que estabas en problemas por lo que hiciste para encontrarme, así que no hagas más cosas, o me enojaré.

—Muy bien—, respondí—. Si eso es lo que tú—

La punta de su dedo tocó el borde de mi rodilla, y el mundo cobró vida de una forma que no había experimentado desde que era niño—. La carga mental de la red de arena que había estado

expandiendo cuidadosamente alrededor y dentro del hospital desapareció, mientras la potencia de mi quirk crecía. La división calculada de mi perspectiva quedó inutilizable a medida que aumentaba mi habilidad mucho más allá de mi control arduamente adquirido, y la fuerza de mi percepción comenzó a elevarse junto con ella, hasta que ocurrió un cambio familiar en mi claridad del mundo—. Colores, sonidos, olores y una vibrante presencia inundaron mi conciencia. El agotamiento que se había ido acumulando lentamente a medida que pasaban las horas, y hasta el hambre que había comenzado a sentir tras omitir varias comidas, desaparecieron, reemplazados por una oleada repentina de energía mucho más allá del nivel en el que normalmente existía.

—Me gustaría—, temblé, retorciendo el talón contra el suelo para mantenerme quieto—. Tu quirk está mucho más fuerte ahora; debes haber practicado mucho.

—No hubo nada que practicar—, dijo Nanami, cerrando los ojos—. Cuanto más mayor me hago, más fuerte se vuelve—, nunca tuve algo que ver con ello.

Revisión #1

Creado 12 julio 2026 12:21:36 por Diana Prince

Actualizado 12 julio 2026 12:21:44 por Diana Prince